

CAPÍTULO LI

Historiadores retóricos, y arqueólogos.

El género historiográfico de que es considerado con razón Tucídides como inimitable modelo, no tiene ningún otro representante notable ni en las épocas siguientes ni en toda la antigüedad. A lo sumo, constituye en este terreno una excepción el historiador siciliano Filisto, de cuyas obras hemos hablado ya en otro capítulo ¹⁾; mas la semejanza entre él y su modelo, no parece haber pasado de ciertas exterioridades: en tal manera, que antes que á sus excelencias y buenas prendas, es á determinados defectos á lo que debe la honra de haber sido comparado con Tucídides.

Dos razones son, sobre todo, las que han impedido que los ensayos de establecer un paralelo entre ambos escritores hayan sido frecuentes. De una parte, la superioridad indiscutible de Tucídides: pues que las raras dotes que le adornaban, excluían de antemano toda esperanza de rivalizar ventajosamente con él; de otro lado, la circunstancia de que su obra viese la luz en una época en que el gusto artístico y literario estaba á punto de sufrir una transformación. A sus mismos contemporáneos más jóvenes que él, parecíales ya su dicción anticuada, ó por lo menos que no respondía á las exigencias del gusto á la sazón predominante ²⁾. De todas suertes, si es verdad que había sido un progreso el que Isócrates, siguiendo la senda abierta por los sofistas, había realizado, cierto es también que al mismo tiempo reapare-

¹⁾ Véase el cap. XLII.

²⁾ Es significativo el que Tucídides no aparezca citado, por ejemplo, en pasaje alguno de la *Retórica* de Aristóteles. El elogio mismo que en su obra *περὶ λέξεως* tributa Teofrasto tanto á él como á Heródoto, parece por extremo modesto. Véase Ciceron, *Orator*, 13, 39.

cieron con él los defectos inseparables de todo esfuerzo encaminado única y exclusivamente al perfeccionamiento de la forma. La Historiografía debía caer de la altura á que Tucídides la eleva, desde el momento en que se la incluyese en el género epidéctico, y en que su objeto, lejos de ser ya investigar la verdad é inquirir aquella conexión íntima que por virtud de la sucesión natural de efecto y de causa, da á acontecimientos distintos la apariencia de un todo único y compacto, quedara limitado á lo que Isócrates llamaba la primer excelencia del discurso epidéctico: esto es, el arte de dar, según las propias ideas ó teniendo en cuenta las de los lectores, apariencias de grande á lo pequeño y de pequeño á lo grande ¹⁾. Es indudable, que semejante procedimiento había de conducir rápidamente la Historia á su decadencia. Á medida que aumentaba el número de los que se consagraban á la Historiografía siguiendo las reglas fijadas por los retóricos, iba decreciendo el mérito de sus trabajos. No obstante la buena acogida que algunos de ellos hallaron entre sus contemporáneos y en parte también en los siglos siguientes, sus obras se han perdido por completo; de suerte que es imposible, con las escasas noticias que de varias de éstas se han conservado, formar idea clara de su verdadero carácter. En tales condiciones, fácilmente se comprenderá que nos limitemos á hablar aquí de los más notables representantes de aquella tendencia. Cuanto á los demás, puede decirse con razon, que sin tener las cualidades que en cierto modo distinguieron á aquéllos, adolecieron de sus mismos defectos en mucha mayor escala.

En realidad, es bastante poco lo que puede decirse de hombres como *Cefisodoro* de Tebas ó *Asclepiades* de Tragilo. El primero, á quien ya conocemos como discípulo de Isócrates y como autor de una obra contra Aristóteles, muy elogiada por Dionisio de Halicarnaso ²⁾, parece que alcanzó poco éxito con su *Historia de la guerra sagrada* (τὰ περὶ τοῦ ἱεροῦ πολέμου). Excepción hecha de dos pasajes en que se la cita incidentalmente, ni la hallamos mencio-

¹⁾ *Panegírico*, § 8: ἐπειδὴ δ' οἱ λόγοι τοιαύτην ἔχουσι τὴν φύσιν, ὡςδ' οἶόν τ' εἶναι περὶ τῶν αὐτῶν πολλαχῶς ἐξηγήσασθαι καὶ τὰ τε μεγάλα ταπεινὰ ποιῆσαι καὶ τοῖς μικροῖς μέγεθος περιδεῖναι, καὶ τὰ τε παλαιὰ καινῶς διελθεῖν καὶ περὶ τῶν νεωστὶ γεγενημένων ἀρχαίως εἰπεῖν, οὐκέτι φευκτέον ταῦτ' ἐστὶ περὶ ὧν ἕτεροι πρότερον εἰρήμασι, ἀλλ' ἄμεινον ἐκείνων εἰπεῖν πειρατέον.

²⁾ Véase el cap. XLVI, pág. 208 del presente tomo. Dionisio, *De Isocrate*, la intitula ἀπολογία πάνυ θαυμαστή.

nada en ninguna otra parte ¹⁾, ni en las fuentes de que hoy disponemos se habla palabra de sus excelencias ni de sus defectos. Respecto de *Asclepiades*, cuya patria, Tragilo, era ciudad de Macedonia, observaremos que también fué discípulo de Isócrates ²⁾; pero evidentemente pertenecía á una generación posterior, si fué el mismo contra quien Filocoro dirigió una de sus producciones ³⁾. Que en efecto lo fuera, no parece inverosímil dado que *Asclepiades* había tratado en su obra intitulada *Τραγοδούμενα* ⁴⁾ y compuesta de seis libros, cosas que al parecer trató también con gran detenimiento Filocoro. Si del contenido de este escrito, á menudo utilizado por los escritores posteriores ⁵⁾, no es difícil formar clara idea—constituíalo una serie de investigaciones sobre los materiales mitológicos utilizados por los poetas trágicos—carecemos, en cambio, de noticias acerca de su verdadero carácter, sobre todo respecto de si era más bien una obra recreativa ó un trabajo de erudición; sin embargo, tratándose de un discípulo de Isócrates, parece lo primero lo más verosímil.

Entre los historiadores salidos de la escuela de Isócrates, los más renombrados fueron *Eforo* y *Teopompo*. Al empeño, nacido sin duda en época posterior, de presentar á estos dos escritores como de tendencias y caracteres completamente distintos y en muchos puntos en la oposición más abierta y radical, cosa muy frecuente entre los antiguos, sobre todo tratándose de escritores que hubiesen recibido las mismas enseñanzas, parece deberse el que las noticias relativas á ellos se hallen más ó menos desfiguradas. De aquí, que no sin razon se ponga en duda la exactitud de la creencia, por cierto muy generalizada, de que fueron condiscípulos en la escuela de Isócrates, lo cual conduciría á suponer que con

¹⁾ El autor del comentario al libro III de la *Ética Nicomaquea*, fol. 46 v, nombra á Cefisodoro, Anaxímenes y Eforo. El orden en que los cita, basta para hacer inverosímil la hipótesis de que pudiera referirse á un autor posterior del mismo nombre. En lugar de ἐν δωδεκάτῃ, como allí aparece, debe leerse con Cobet, ἐν β'.

²⁾ *Vitae X oratorum*, p. 838, y Suidas, vide *Θεόπομπος*.

³⁾ En los escolios de Marciano á la *Hécuba* de Eurípides, verso 1, se la intitula πρὸς Ἀσκληπιάδην ἐπιστολή.

⁴⁾ Según Esteban de Bizancio, vide *Τράγιλος*.

⁵⁾ El número de fragmentos coleccionados por Werfer, *Asclepiadis Tragilensis tragodumenon reliquia*, en las *ACTA PHILOL. MONAC.*, t. 2, 1818, está considerablemente aumentado en los *Fragm. hist. gr.*, t. 3, p. 301 y ss., y quizá se pudieran coleccionar mayor número.

corta diferencia habían nacido por la misma época. Ahora bien: aunque se asegura que ambos nacieron en la 93.^a Olimpiada ¹⁾, todas las apariencias inducen á creer que Eforo era de mucha más edad que Teopompo: si este último contaba cuarenta y cinco años cuando la intercesión de Alejandro le permitió volver á su patria, no puede en manera alguna suponerse que naciera antes de la 100.^a Olimpiada. Por lo que respecta á Eforo, al decir Suidas que vivía ya antes de que Filipo subiera al trono ²⁾, no debía guiarle otra idea que la de hacer ver que era mucho más viejo que Teopompo.

Eforo, hijo de Demófilo, era oriundo de Cime, en Eolia. El amor á su patria de que á menudo dió palmarias muestras, y el cual le movió no sólo á llamar cimeo á Homero, sino á aprovechar cuantas ocasiones se le presentaron para nombrar á Cime y darle de esta suerte una importancia muy superior á la que en realidad merecía, muévenos á creer que pasó en ella la mayor parte de su existencia. De los demás pormenores de su vida, sólo sabemos lo que se refiere á sus años de aprendizaje en la escuela de Isócrates. Como ya hemos indicado, las noticias que se conservan son simples anécdotas que, aunque en el fondo tengan algo de verdad, merecen bien poco crédito. La conocida frase puesta en labios de Isócrates, de que Eforo necesitaba espuela y Teopompo necesitaba freno ³⁾, se hace sospechosa desde el momento en que unas veces se atribuye á Platon y otras á Aristóteles ⁴⁾. De la misma suerte, es un simple chiste el afirmar que se adjudicó á Eforo el sobrenombre de Díforo, porque, no obstante hallarse ya en condiciones de poder trabajar por sí después de haber asistido á la escuela de Isócrates el tiempo acostumbrado, su padre resolvió pagar segunda vez el estipendio que se abonaba entonces por la enseñanza, esto es, mil dracmas, para que asistiera á la escuela un segundo curso ⁵⁾. Pero ni este sacrificio habría bastado para hacer de Eforo un orador, no obstante ase-

¹⁾ Suidas, *vide* "Εφορος y Θεόπομπος.

²⁾ Suidas, *vide* "Εφορος. Después de consignar la fecha de la 93.^a Olimpiada, dice: ὡς καὶ πρὸ τῆς Φιλίππου βασιλείας εἶναι τοῦ Μακεδόνα. Véase E. Rhode, *Rhein. Museum*, vol. 33, p. 191 y 192.

³⁾ Ciceron, *Epist. ad Attic.*, 6, 1, 12, *Brutus*, 56, 204, *De orat.*, 3, 9, 36, y á menudo en otros escritores.

⁴⁾ Diógenes Laercio, 4, 6, y 5, 39.

⁵⁾ *Vitae X oratorum*, p. 839, a.

gurarse que más de una vez ganó la corona con que Isócrates solía premiar mensualmente al mejor de sus discípulos ¹⁾. En hipótesis destituidas de todo fundamento, descansaban también otras especies como la de que Isócrates disuadió á Eforo de su propósito de consagrarse á la oratoria política ²⁾. Es evidente, por último, que el número de verdaderos oradores formados por Isócrates, fué mucho menor que el de escritores; al paso que, por otra parte, es muy dudoso que Cime, su patria, pudiera ofrecer á Eforo muchas ocasiones de ejercitarse en la oratoria.

Excepción hecha de un tratado *Sobre el estilo* (περὶ λέξεως) ³⁾, raras veces citado, sólo conocemos de Eforo obras históricas. Entre estas figuraba una en dos libros *Sobre las invenciones* (περὶ εὐρημάτων), punto en aquel tiempo muy discutido, en unión del estudio sobre los comienzos de la cultura humana. Contra la idea de que esta obra podía ser una simple colección, hecha posteriormente, de extractos de las *Historias* de Eforo, puede aducirse no sólo la circunstancia de que ya el filósofo Estraton, discípulo de Aristóteles, compuso un tratado combatiendo el de Eforo ⁴⁾, sino también el hecho de que Estrabon la menciona como obra independiente ⁵⁾. En cambio, es muy de creer que el título de σύνταγμα ἐπιχώριον sólo citado en la biografía de Homero falsamente atribuída á Plutarco ⁶⁾, se daba á una recopilación de cuanto Eforo había dicho sobre su patria. Extractos hechos más tarde, eran los que formaban las obras intituladas παραδόξων τῶν ἑκαστάχου en quince libros, y περὶ ἀγαθῶν καὶ κακῶν en veinticuatro. Evidentemente, esta última perseguía fines retóricos. Es, sin embargo, dudoso, si para formar estas colecciones se utilizaron sólo las

¹⁾ Menandro, *De encom.*, en los *RHET. GRÆC.* de Spengel, t. 3, p. 398: ὡς περ "Εφορος ἐστεφανοῦτο καὶ Θεόπομπος, οἱ μαθηταὶ Ἰσοκράτους, ὡς διαφέροντες τῶν ἄλλων... καὶ γὰρ Ἰσοκράτης ἀρετῆς προτίθει ἀγῶνα τοῖς ἀρίστοις τῶν ἀροατῶν κατὰ μῆνα στέφανον.

²⁾ Séneca, *De tranquil animi*, c. 6: *Isocrates iniecta manu a foro subduxit, utilitatem componendis monumentis historiarum ratus.* Véase Ciceron, *De orat.*, 2, 13, 57.

³⁾ Citalo Theon, *Progymn.*, t. 2, p. 71 de los *RHET. GRÆC.* de Spengel. Véase Ciceron, *Orat.*, c. 57, Quintiliano, *Instit. orat.*, 9, 4, 87.

⁴⁾ Plinio, *Hist. nat.*, en el *Ind. auct.* del libro 7: *Stratone, qui contra Ephori εὐρήματα scripsit.* Véase Polibio, 12, 25, e.

⁵⁾ Libro 13, p. 622.

⁶⁾ Página 21, 7, de Westermann: σύνταγμα ἐπιχώριον. Es dudoso si se refiere á esto también la cita de Harpocracion, *vide* γεωγράιον, "Εφορος... περὶ χωρίων.

obras de Eforo, ó si, como su gran extensión induce á suponer, tomáronse materiales de otras fuentes.

Mejor informados que de estas producciones, hoy enteramente perdidas, estamos de las *Historias* (ἱστορίαι), obra en treinta libros. Comenzando con el relato de la expedición de los Heráclidas, abarcaba hasta el sitio de Perinto por el rey Filipo, el año 1 de la 110.^a Olimpiada, 340 a. Chr. ¹⁾. Es indudable que sólo la muerte pudo ser lo que impidió al autor continuar su narración, pues que los últimos acontecimientos que relata, no constituyen el final propio de un trabajo histórico. Por otra parte, los antiguos mismos aseguran que el último libro fué terminado más tarde por Demófilo, hijo de Eforo, y agregado por él á la obra ²⁾. Lo mismo la gran extensión de ésta que la división en libros, hecha según se asegura por el mismo autor ³⁾, de suerte que cada libro forma por sí sólo y en razon á su contenido un todo completo con introducción especial, inducen á creer que dicha producción fué compuesta y publicada por partes. En el fondo, la obra de Eforo no era sino el fruto de investigaciones prolijas cuya base constituíanla casi exclusivamente las producciones de historiadores anteriores. En ninguna parte se habla de viajes que, según costumbre muy generalizada en la antigüedad, emprendiera el autor con el fin de instruirse y recoger los materiales necesarios para su trabajo. Por lo que toca al Egipto, Diodoro afirma que Eforo no debía sus informes á la propia observación ⁴⁾. En cambio, las

¹⁾ Diodoro, 4, 1 y 16, 76, y Taurus en Joan. Philop., *Contr. procl. de mundi aeternitate*, 6, 8. Con menos exactitud dice Suidas: ἀπὸ τῆς Ἰλίου πορθέσεως καὶ τῶν Τρωικῶν μέχρι τῶν αὐτοῦ χρόνων. La noticia de Clemente de Alejandría, *Stromat.*, 1, p. 403, según la cual el espacio comprendido entre la expedición de los Heráclidas y el reinado de Alejandro abraza 735 años, únicamente se explica porque agregase los años transcurridos entre la toma de Perinto y el paso de Alejandro á Asia. Por lo demás, es muy inverosímil cuanto, siguiendo á Plutarco, *De stoic. repugn.*, c. 20, se dice sobre la negativa de Eforo á acompañar á Alejandro en su expedición á Asia.

²⁾ Según Diodoro, 16, 14. Ateneo, 6, p. 232, d: Ἐφορος δὲ ἢ Δημόφιλος ὁ υἱὸς αὐτοῦ ἐν τῇ τριακοστῇ τῶν ἱστοριῶν.

³⁾ Diodoro, 5, 1: Ἐφορος δὲ τὰς κοινὰς πράξεις ἀναγράφων οὐ μόνον κατὰ τὴν λέξιν ἀλλὰ καὶ κατὰ τὴν οἰκονομίαν ἐπιτέτευχε· τῶν γὰρ βιβλίων ἐκάστην πεποιήκε περιέχειν κατὰ γένος τὰς πράξεις. Véase 4, 1; 16, 1, y Estrabon, 8, p. 322. Según Estrabon, 7, p. 463, el libro IV llevaba el título de Εὐρώπη. El V estaba dedicado á las cosas de Asia y de Lidia.

⁴⁾ Libro 1, 37.

frecuentes citas que hace de inscripciones epigráficas, revelan un exacto conocimiento de la Grecia.

El mismo Eforo nos explica la manera cómo juzgaba del valor de las fuentes, en las siguientes palabras: «Entre los escritores—dice—que narran acontecimientos de su época, merecénme más confianza los que los cuentan más prolijamente. En cambio, los que hacen esto mismo tratándose de sucesos remotos, son en mi concepto los que menos crédito merecen, porque es apenas verosímil que se puedan guardar en la memoria después de tan largo tiempo, ni los hechos mismos, ni los discursos en ellos inspirados» ¹⁾. De perfecto acuerdo con estas ideas, está aquel otro dicho del mismo Eforo, según el cual «si fuera dable que los historiadores presenciasen todos los hechos, éste sería el mejor modo de conocerlos» ²⁾. Lástima que Eforo haya seguido al parecer con tan poco esmero, estas máximas por él formuladas. Ya Estrabon hace notar la contradicción en que á menudo incurre, pues aunque censura á los que intercalan fábulas en la narración histórica, no rehuye el hacerlo también ³⁾. Sin embargo de esto, Eforo fué generalmente tenido en la antigüedad por hombre escrupuloso, veraz y fidedigno. Sobre todo, elógiase con frecuencia su deseo de corregir á su predecesor Helánico. Aunque, por otra parte, es cierto que no falta tampoco quien le eche en cara el poco aprecio que hacía de la verdad ⁴⁾, es de creer que este menoscabo fuera más bien consecuencia de su falta de penetración y de verdadero sentido histórico, que del propósito deliberado de falsear los hechos. Como con gran acierto ha notado O. Müller, Eforo no se hallaba en condiciones de poder descubrir las verdaderas causas de los acontecimientos: en todas partes no ve sino causas pueriles y nimias, y los sucesos más trascendentales é importantes, son siempre á sus ojos simple resultado de los actos ó de las resoluciones de algunos. No

¹⁾ Harpocracion, *vide* ἀρχαίως y καινῶς.

²⁾ Polibio, 12, 27.

³⁾ Libro 9, p. 646: Ἐφορος δ' ὃ τὸ πλεῖστον προσχρώμεθα διὰ τὴν περὶ ταῦτα ἐπιμέλειαν, κατὰπερ καὶ Πολύβιος μαρτυρῶν τυγχάνει, ἀνὴρ ἀξιόλογος, δοκεῖ μοι τάναντία ποιεῖν ἔσθ' ὅτε τῇ προαιρέσει καὶ ταῖς ἐξ ἀρχῆς ὑποσχέσεσιν.

⁴⁾ Estrabon, 5, p. 375: οὐτε ἀληθέστατα λέγει περὶ πάντων. Diodoro, 1, 39: ὀλιγορηχότα ἐν πολλοῖς τὴν ἀληθειαν. Aristides, *Or.*, 48, t. 2, p. 470: δῶμεν ἀληθῆ λέγειν Ἐφορον, καίτοι τοσοῦτόν γε ψεύδεται, Séneca, *Quaest. nat.*, 7, 19. Escolios á la *Iliada*, 9, 31.

sólo le es imposible sustraerse á las ideas y apreciaciones de su tiempo, sino que antes bien procura amoldar á ellas la historia de siglos pasados, á la cual, por lo mismo, imprime un sello completamente moderno ¹⁾.

El modo cómo explica el que los acarnienses no tomaran parte en la expedición contra Troya, basta para demostrar lo que dejamos apuntado. No sólo conoce perfectamente y en todos sus pormenores las causas que determinaron aquella resolución, sino que también sabe el juicio que á Agamemnon mereció este hecho ²⁾. ¡Qué poca perspicacia, qué absoluta carencia de sentido político, más aún, qué poca elevación de miras, revela el relato que hace de las causas de la guerra peloponense, y cuán mísero y egoísta parece, por su retrato, un hombre como Pericles ³⁾! Si á todo esto se agrega las prolijas expansiones retóricas, todas inventadas, que Eforo se ha permitido, poniendo, por ejemplo, en labios de ambos generales y antes de comenzar cada batalla, interminables discursos, no se dudará de que Eforo estaba muy lejos de reunir las condiciones que él mismo exigía á todo historiador.

Es indubable que tales defectos habían de ser tanto más sensibles, cuanto más remotos fueran los acontecimientos narrados; pero también es cierto, que tampoco se echaban de menos en la relación de sucesos para él recientes. Eforo, ni podía levantarse á más alta esfera abandonando la investigación de detalles, ni sustraerse al afán, que hallamos también en muchos de sus sucesores, de estar mejor enterado de cosas que, en el fondo, era imposible conocer con exactitud. Ni Eforo podía vanagloriarse de tener talento filosófico, ni tenía tampoco la perspicacia del estadista; lo que en realidad le caracteriza, es ni más ni menos que la laboriosidad del coleccionador diligente que no ha llegado á sacar de sus materiales el necesario partido. Cuán absurdo era á menudo su método y cuán inexactas sus consecuencias, lo demuestra el uso que hizo de dos inscripciones, una de las cuales se encontraba en Tere, al pie de una estatua de Etolo, y la otra, al pie de una estatua de Oxilo, levantada en el mercado de Elis ⁴⁾. No

¹⁾ Dacier, lib. I, p. 137.

²⁾ Estrabon, 10, p. 709.

³⁾ Diodoro, 12, 38 y ss.

⁴⁾ Estrabon, 10, p. 711.

menos absurdas y ligeras son con frecuencia sus etimologías ¹⁾; de tal suerte, que para ganar en apoyo de sus opiniones el testimonio de Homero, no tiene escrúpulos en alterar arbitrariamente los textos ²⁾. Resulta pues, que aunque existan motivos para considerar á Eforo como el primero en cuyas obras aparece la Historia como disciplina científica ³⁾, no podrá menos de calificarse su método de imperfecto y contrario á las máximas más elementales de la crítica.

Así como la mayoría de los citados defectos de Eforo son comunes, no sólo á muchos de sus predecesores, sino también, excepción hecha de escaso número, á la gran mayoría de los que le siguieron, así tampoco ha logrado librarse del calificativo de plagario que se ha adjudicado á muchos de ellos. Por lo pronto, nos es imposible hoy juzgar de hasta qué punto desmostraba la exactitud de aquella censura, la obra de un cierto Lisímaco «Sobre los plagios de Eforo» ⁴⁾; en cambio, el dicho del neoplatónico Porfirio, de que Eforo había copiado textualmente tres mil líneas por lo menos de Dímaco, Calístenes y Anaximenes, ó es fuerza interpretarlo en sentido inverso, dado que por lo menos estos dos últimos historiadores difícilmente pudieron escribir sus obras antes que Eforo la suya, ó se ha de convenir—presupuesta la exactitud del hecho denunciado—en que todos ellos utilizaron una misma y más antigua fuente ⁵⁾.

¹⁾ Como ejemplo, basta citar su derivación del nombre Apaturia de ἀπάτη y ὄρος. Véase O. Müller, *Die Myser*, p. 391, donde dice acerca de la diferencia establecida por Eforo entre tebanos y Θηβαγενεῖς. «La interpretación del vocablo, es necia; y la indeterminación del pensamiento, acusa por sí sola la falta de sólida base.»

²⁾ Según Estrabon, 12, p. 827, Eforo, modificando la tradición escrita, había alterado los versos 856 y 857 de la *Iliada*,

αὐτὰρ Ἀλιζώνων Ὀδῖος καὶ Ἐπίστροφος ἦρχον
τηλόθεν ἐξ Ἀλύβης, ὅθεν ἀργύρου ἐστὶ γενέσθη

de esta suerte:

αὐτὰρ Ἀμαζώνων Ὀδῖος καὶ Ἐπίστροφος ἦρχον
ἐλθόντ' ἐξ Ἀλόπης, ὅθεν Ἀμαζονίδων γένος ἐστὶ.

³⁾ Niebuhr, *Vorträge über alte Geschichte*, vol. 2, p. 410.

⁴⁾ Eusebio, *Praefar. evang.*, 10, 3, p. 467: περὶ Ἐφόρου κλοπῆς.

⁵⁾ *Op. cit.*, p. 464. Según C. Müller, no se refiere esto á la obra de Eforo, sino á los extractos arriba citados que andaban unidos con los de otros historiadores. Véase *Hist. gr. fragm.*, t. 1, praef. p. LXIV y t. 2, p. 440. Por lo demás, semejante opinión es inverosímil, porque no se encuentra cita alguna de aquellos extractos.

Lo que Polibio dice, sobre que Eforo fué el primero y hasta entonces el único que había intentado escribir una narración histórica general ¹⁾, no debe entenderse en el sentido de que emprendiera la tarea de componer una Historia universal, propiamente dicha, pues que es indudable que su fin no fué otro que escribir la historia de Grecia. De aquí que no hablase de los bárbaros, á quienes consideraba como de más antiguo origen que los griegos, sino incidental y brevemente, y sólo por su natural relación con la Geografía y la Etnología, á las cuales daba en su obra gran amplitud. Que esta parte, que aventajaba á todas las producciones ya conocidas, gozó de gran predicamento, lo atestiguan no sólo el testimonio expreso de Estrabon ²⁾, sino también la circunstancia de que de ella tomaron sus materiales numerosas obras didácticas.

Por lo que hace al carácter de Eforo, píntasele á menudo como franco, dulce y leal, en contraposición á la doblez y acritud del de Teopompo. Ciceron elogia también su dulzura, en el paralelo que establece entre los historiadores más notables de la antigüedad ³⁾. No es tan favorable el juicio que se ha formado de su estilo, pues que se le atribuyen con frecuencia los defectos contrarios á las bellezas que se aplauden en Teopompo, calificándose unánimemente, por ejemplo, su dicción, de descuidada (ὑπτιος), tarda (νωδρός) y falta de arranque y energía (μηδευλίαν ἔχων ἐπίτασιν) ⁴⁾. Los fragmentos que se conservan, confirman en general este juicio, y explican el porqué no se cuenta á Eforo entre los escritores modelos. Su estilo es afectado y pesado por extremo. La única gala que se permite, es el frecuente empleo de digresiones, las cuales, sin embargo, producen una impresión tanto más fría, cuanto que á menudo son pueriles y nimias. En realidad, no resulta muy ingenioso cuando con ocasión de un paralelo entre las Constituciones de Esparta y de Creta, recuerda que la imitación no es nunca anterior al modelo, ni lo poste-

¹⁾ Libro 5, 33: "Εφορον τὸν πρῶτον καὶ μόνον ἐπιβεβλημένον τὰ καθόλου γράφειν.

²⁾ Libro 8, p. 332, y 10, p. 465.

³⁾ Hortens, *Frag.*, 12: *Quid enim aut Herodoto dulcius aut Thucydide gravius aut Plilisto brevis aut Theopompo acrius aut Ephoro mitius inveniri potest.*

⁴⁾ Suidas, *vide* "Εφορος. Análogo es el juicio de Dion Crisóstomo, 18, p. 283 de Dindorf: Εφορος δὲ πολλὴν μὲν ἱστορίαν παραδίδωσιν, τὸ δ' ὑπτιον καὶ ἀνεμὲνον σοι τῆς ἀκαγγελίας οὐκ ἐπιτήδειον.

rior más antiguo que lo anterior ¹⁾. En todo ello adviértese una pobreza de ideas semejante á la que no pocas veces hallamos en Isócrates, y cuya verdadera razón de ser, está en el deseo de redondear los períodos lo mejor posible y de agrandar sobre todo al oído. Pero lo que principalmente parece haber procurado igualar Eforo, aunque nunca pudo lograrlo por completo, fué aquel estilo liso y pulimentado de que se tiene á Isócrates por inimitable modelo. Más favorable que el juicio de los críticos posteriores, todos los cuales, excepción hecha de Teon, parecen haber asignado á Eforo un lugar muy secundario, es el de Polibio. En un pasaje por lo menos, no vacila este último en calificar de admirables su dicción, la elección de los hechos, la distribución de los materiales y particularmente las digresiones y observaciones que agrega por su cuenta ²⁾: rasgos que encontramos también en Polibio, sin que por esto merezcan más aplauso. Sólo en un punto no cree que llena bien su cometido: en la descripción de batallas terrestres; en cambio las de las navales, las encuentra inimitables ³⁾.

Mas sea de ello lo que quiera, es indudable que en la época siguiente Eforo gozó de gran prestigio. Tal se infiere, no sólo del número de los que combatieron sus ideas ⁴⁾, sino también de las varias continuaciones que se hicieron de su obra. Para terminarla convenientemente, agrególe un libro *Diyllo* de Atenas, el cual compuso además una *Historia de Grecia y de Sicilia*, en veinticuatro libros; concluían éstos con la muerte de Filipo IV, el año 4 de la 120.^a Olimpiada ⁵⁾. Este trabajo fué continuado á su vez por *Psaon* de Platea, en treinta libros. Plutarco llama á *Diyllo* «historiador estimable» ⁶⁾. En cambio Dionisio de Halicarnaso, al contar á *Psaon* entre los imitadores de Isócrates, le censura por su método de exposición descuidado, frío, poco enérgico y por consiguiente falso ⁷⁾: causas que explican bien el por qué en otro pasa-

¹⁾ Estrabon, 10, p. 738.

²⁾ Libro 12, 28, 10: ὁ γὰρ "Εφορος παρ' ἄλλην τὴν πραγματείαν θαυμάσιος ὢν καὶ κατὰ τὴν φράσιν καὶ κατὰ τὴν ἐπίνοιαν τῶν λημμάτων, δεινότατός ἐστιν ἐν ταῖς παρεκβάσεσι καὶ ταῖς ἀφ' αὐτοῦ γνωμολογίαις, καὶ συλλήβδην ὅταν πού τὸν ἐπιμετρούντα λόγον διατιθέται.

³⁾ Libro 12, 25 g.

⁴⁾ Además de Estrabon, de quien ya se ha hablado, escribió contra él Alexino, discípulo de Eubúlides de Megara. Timeo le combatió también con frecuencia.

⁵⁾ Diodoro, 16, 14.

⁶⁾ *De Herod. malign.*, c. 26.

⁷⁾ *De Dinarcho*, c. 8, p. 646.

je le menciona entre aquellos cuyas obras nadie lee hasta el fin ¹⁾).

Más accidentada que la de Eforo, fué la vida de Teopompo. Era aun muy joven cuando vióse obligado á abandonar á Chíos, su patria, y acompañado de su padre Damasítrato, afiliado al partido macedónico, marchó al destierro. Muy poco tiempo después comenzó á frecuentar la escuela de Isócrates, á la que según parece perteneció también su hermano Caucalo, el cual llegó á distinguirse como orador ²⁾. El triunfo que obtuvo cuando aun no contaba treinta años de edad—si como antes hemos observado, nació en la 100.^a Olimpiada—en el concurso organizado por Artemisia el año 1 de la 107.^a Olimpiada, 351 a. Chr., para honrar la memoria de su difunto esposo el rey Mausolo de Caria, habla muy alto en favor de las raras dotes y de los progresos de Teopompo. Cítase entre sus competidores á Teodectes de Faselía y Naucrates de Eritrea; pero es poco creíble que también compitiera con él Isócrates ³⁾. Por lo demás, que apenas es de suponer que en este certamen se pronunciaran realmente discursos en honor del difunto, se infiere de la noticia de que Teodectes compuso para este acto su tragedia *Mausolo* ⁴⁾. Evidentemente se dejaba en libertad á los concursantes, para escoger la forma de sus trabajos; mas es indudable también que respondía mejor á los deseos de Artemisia, el que se honrase la memoria de su esposo en obras que, semejantes por ejemplo, al *Panegírico* de Isócrates, no fueran de un valor efímero y pasajero, ni pudieran ser sólo conocidas en un círculo estrecho y limitado.

Mas no quiere esto decir que Teopompo no figurase como orador brillante. Siguiendo la costumbre de los sofistas, vagaba de ciudad en ciudad dando muestras de su habilidad y de su arte ⁵⁾; pero, como con cierto orgullo dice en la introducción de su *Historia*, no con otro fin que el de alcanzar notoriedad y fama. De aquí que se considerase con Naucrates muy por encima de

¹⁾ *De verbor. compos.*, c. 4, p. 30.

²⁾ Esto induce á suponer por lo menos su *ἐγκώμιον* Ἡρακλέους, citado por Ateneo, 10, p. 412, b.

³⁾ Tal sostiene Aulo Gelio, *Noct. att.*, 10, 18, 6, y Porfirio, en Eusebio, *Praepar. evang.*, 10, 3, p. 464.

⁴⁾ Gelio, *loc. cit.*

⁵⁾ Focio, *Cod.*, 176, p. 203: ἔτι δὲ καὶ, διότι οὐδεὶς ἐστὶ τόπος κοινὸς τῶν Ἑλλήνων, οὐδὲ πόλις ἀξιοχρεῖας, εἰς οὓς αὐτὸς οὐκ ἐπιδημῶν, καὶ τὰς τῶν λόγων ἐπιδείξεις ποιούμενος, οὐχὶ μέγα κλέος καὶ ὑπομνήμα τῆς ἐν λόγοις αὐτοῦ κατέλιπε ἀρετῆς.

hombres como Isócrates y Teodectes, que se veían forzados á ejercer su profesión por dinero, escribiendo discursos para otros ó enseñando en una escuela ¹⁾. Por lo demás, el hecho de que Teopompo disponía de una gran fortuna, está perfectamente confirmado: gracias á ella se halló en situación de emplear grandes sumas en adquirir cuantas noticias necesitaba para componer su obra ²⁾.

A los cuarenta y cinco años de edad, según todas las probabilidades el año 3 de la 111.^a Olimpiada, 334 a. Chr., y á consecuencia de la caída del partido oligárquico derribado por Alejandro, regresó Teopompo á Chíos. Sólo gracias á la protección del rey, parece que pudo resistir los ataques de Teócrito, el adversario más enconado de Aristóteles y de Anaximenes ³⁾; pero apenas muerto Alejandro, vióse obligado á abandonar por segunda vez su patria. Rechazado en todas partes, dirigióse por último á Egipto, no se sabe á ciencia cierta si en la época en que Ptolomeo subía al trono (año 2 de la 118.^a Olimpiada, 306 a. Chr.), aunque así se desprende de un pasaje de Focio ⁴⁾. Parece, sin embargo, que no fué más favorable la acogida que allí tuvo; pues se asegura que sólo á ruego de algunos amigos desistió Ptolomeo de su propósito de hacerle matar. Por otra parte, lo que se cuenta de su carácter avieso, inquieto y levantisco, induce á creer en la exactitud de esta noticia ⁵⁾.

La fecundidad de Teopompo como escritor, fué extraordinaria. Según Focio, sus discursos epidécticos sumaban veinte mil líneas; al paso que su *Historia* no contaba más de ciento cincuenta

¹⁾ *Loc. cit.*: συνακμάσαι δὲ αὐτὸς ἑαυτὸν λέγει: Ἰσοκράτει τε τῷ Ἀθηναίῳ καὶ Θεοδέκτῃ τῷ Φασηλίτῃ καὶ Ναυκράτει τῷ Ἐρυθραίῳ, καὶ τούτους ἅμα αὐτῷ τὰ πρωτεῖα τῆς ἐν λόγοις παιδείας ἔχειν ἐν τοῖς Ἑλλήσιν· ἀλλὰ Ἰσοκράτην μὲν δι' ἀπορίαν βίου καὶ Θεοδέκτην μισθοῦ λόγους γράφειν καὶ σοφιστεύειν, ἐκπαιδεύοντας τοὺς νέους, κἀκεῖθεν καρπομένους τὰς ὠφελείας· αὐτὸν δὲ καὶ Ναυκράτην, αὐταρκῶς ἔχοντας, ἐν τούτοις ἀεὶ τὴν διατριβήν, ἐν τῷ φιλοσοφεῖν καὶ φιλομαθεῖν ποιεῖσθαι. Por lo que respecta á Naucrates, parece que se ocupó en perfeccionar la técnica, según las máximas de Isócrates. Véase Ciceron, *De orat.*, 3, 44, 173. Dionisio, *Rhet.*, 6, 1, cita un epitafio suyo.

²⁾ Dionisio, *Epist. ad Cn. Pompei*, c. 6, p. 783.

³⁾ Teócrito de Chíos, sobre el cual debe verse la pág. 213 del presente tomo, es designado como discípulo del isocrático Metrodoro.

⁴⁾ *Loc. cit.*: πανταχόθεν ἐκπεσόντα εἰς Αἴγυπτον ἀφικέσθαι, Πτολεμαῖον δὲ τὸν ταύτης βασιλέα οὐ προσέειπαι τὸν ἄνδρα, ἀλλὰ καὶ ὡς πολυπράγμονα ἀνελεῖν ἐβέλῃσαι, εἰ μὴ τινες τῶν φίλων παραιτησόμενοι διεσώσαντο.

⁵⁾ Suidas le llama πικρὸς καὶ κακοήθης.